

Carlos Díaz
Profesor de Filosofía

¡QUÉ HERMOSO ES ENSEÑAR!

I. La persona que no se lleva bien con los estudios dice con Groucho Marx: «He disfrutado mucho esta obra de teatro, especialmente en el descanso». En el descanso, por ejemplo en la televisión. Pero las mentes que controlan la televisión son tan pequeñas que cabrían en el ombligo de una mosca, y aún quedaría espacio para el corazón de un director de cadena. En California, asegura Woody Allen, no tiran la basura: la convierten en programas de televisión; como era de esperar, uno de los resultados es que no hay un solo error que no tenga cada vez más seguidores. En esa atmósfera, un título universitario no acorta el tamaño de nuestras orejas, no hace más que ocultarlo. De nuevo Woody Allen sarcásticamente: «He hecho un curso de lectura veloz y he leído *Guerra y Paz* en veinte minutos. Habla de Rusia». Los estudios superficiales producen con harta frecuencia hombres mediocres y presuntuosos,

del tipo: «el estudio me persigue, pero yo soy más rápido». Si no enseñar a quien se le puede enseñar es robarle, enseñar a quien no tiene curiosidad por aprender es sembrar un campo sin ararlo, y enseñar a quien no se le puede enseñar es malgastar palabras. Es propio de mentes estrechas embestir contra todo aquello que no les cabe en la cabeza, denunciaba Antonio Machado, añadiendo luego que «en España, de cada diez cabezas, una piensa y nueve embisten». ¡Ay, si sólo se embistiera en España! Para los que embisten, una idea fija siempre parece una gran idea, no por ser grande, sino porque llena todo un *cerebro*, al que de este modo des-*cerebra*. Antes de negar con la cabeza, pocos se aseguran de que la tienen, se lían la manta a la *no-cabeza*, y a disparar, que son dos días. Así como hay hombres consagrados de por vida a la defensa de una sola verdad, hay otros atados a un solo error, y estos últimos procuran a cualquier



precio apagar la luz del otro a fin de que brille tan sólo su propia barbarie: ¡Esto quiero y así lo mando, valga por razón mi voluntad! La argumentación de semejantes termocéfalos construye entonces el siguiente desafortunado silogismo: los demás mueren, pero yo no soy otro, por lo tanto yo no moriré, yo iré al paraíso de las huríes, ¡he aprendido tanto de todos mis errores... que estoy pensando hacer unos pocos más! El tonto tiene una gran ventaja sobre el hombre de espíritu: está siempre contento de sí mismo. El tonto quiere ser estimado más que ser instruido, por eso proclama en voz alta la libertad de pensamiento... ¡y muera quien no piense como yo! Pero el que no quiere razonar es un fanático, el que no sabe es un necio y el que no se atreve es un esclavo.

Dicho lo cual, no vamos a pasarnos ahora al otro extremo y decir que todo aprendizaje es fácil, nada de eso. Lo más incomprensible del mundo es que sea comprensible, aseguró sorprendido Albert Einstein. Todos somos muy ignorantes. Lo que ocurre es que no todos ignoramos las mismas cosas al mismo tiempo. La ciencia es un magnífico mobiliario para el piso superior de un hombre, siempre y cuando su sentido común esté en la planta baja. Y, cuando las cosas son fáciles, también solemos hacerlas difíciles: en muchas ocasiones la verdad es a veces demasiado sencilla para encontrar crédito. En uno y en otro caso, ya sea por exceso de dificultad o por exceso de claridad, todo lo que aprendas procura aprenderlo con la máxima profundidad posible. Hay que estudiar mucho para saber poco. Un estudiante (y aquí incluimos al maestro, que es un estudiante en estado de extrema necesidad), siempre se hará sabio el año que viene si estudió el año pasado, pero nunca lo será el día de hoy. Según vamos adquiriendo conocimiento, las cosas no se hacen más comprensibles, sino más misteriosas. El que parece sabio entre los tontos, parece tonto entre los sabios. Cada fracaso enseña al hombre algo que necesita aprender. Cada que vez que cometo un error me parece descubrir una verdad que aún no conocía. Sabiduría no es hacer lo que nos gusta, sino que nos guste lo que hacemos, lo que convierte la vida reflexiva en una bendición. Hay una fuerza motriz más poderosa que el vapor, la electricidad y la energía atómica: la *voluntad*. Cuida los minutos, pues las

horas ya cuidarán de sí mismas. Pierde una hora por la mañana y la estarás buscando todo el día.

II. Pensar es difícil, por eso la mayoría de la gente prefiere opinar o juzgar. Quedarse en lo conocido por miedo a lo desconocido equivale a mantenerse con vida, pero no a vivir. Un comienzo no desaparece nunca, ni siquiera con un final. Hay tres tipos de personas: las que aprenden por conocimiento, las que aprenden por experiencia y las que nunca aprenden. La capacidad de atención del ser humano es limitada y debe ser constantemente espolcada por la provocación. Una palabra rara en una página es como un adoquín levantado en una calle, pero en lugar de sortearlo hay que hacerlo accesible. Se puede admitir la fuerza bruta para arrancar los adoquines con que se forman las barricadas del ignorante, pero la razón bruta es insoportable. Aprender es un regalo, aunque a veces el maestro sea el dolor, el esfuerzo que ayuda a resolver el problema. Las palabras del maestro (el maestro es palabra, palabra de honor) están ahí para desentrañar el significado de las cosas, de manera que quien las escucha entienda su significado. Es necio quien pudiendo decir una cosa en diez palabras emplea veinte. El verdadero maestro, el verdadero sabio, no malgastará palabras, pero enseñará a leerlas. En la lectura deben cuidarse dos cosas: escoger bien los libros y leerlos bien. Los libros enseñan a pensar, y el pensamiento hace libre al lector. La lectura hace al hombre completo. La conversación lo hace ágil. La escritura lo hace preciso. Las personas nos influyen, las voces nos conmueven, los libros nos convencen, los hechos nos entusiasman. Todos los días deberíamos oír un poco de música, leer una buena poesía, contemplar un cuadro hermoso y si es posible, decir algunas palabras sensatas.

III. Educar a otro no sólo es hacerle aprender algo que no sabía, sino hacer de él alguien que no existía. Aprender sin pensar es trabajo perdido; pensar sin aprender es peligroso. Todo error deja una enseñanza, toda enseñanza deja una experiencia y toda experiencia deja una huella. Si buscas resultados distintos, maestro, alumno, no hagas siempre lo mismo. Enseñar es aprender dos veces. Todos

somos maestros y alumnos. Pregúntate: ¿que vine a aprender aquí y qué vine a enseñar? Los buenos profesores son caros, pero los malos lo son todavía más. Si usted cree que la educación es cara, pruebe con la ignorancia. Aún los inteligentes cometen errores, pero son los tontos los que nada hacen por corregirlos. Es un maestro excelente aquel que hace que se despierte en el alumno una gran sed de aprender. Quien, volviendo a hacer el camino viejo aprende el nuevo, puede considerarse un maestro. El maestro sabio teme la bonanza; empero, cuando descarga la tempestad, camina sobre las olas y desafía los vientos vedando lo difícil.

No basta decir solamente la verdad, más conviene mostrar la causa de la falsedad, enseñó Aristóteles. La inteligencia consiste no sólo en el conocimiento, sino también en la destreza de aplicar los conocimientos en la práctica. No es el haber recibido una lección lo que nos salva, sino el haber sabido aprovecharla. Las palabras por sí solas siempre fracasan. No aprendemos en la escuela si no aprendemos para la vida; si la vida no te responde hazle otra pregunta a la escuela hasta que encuentres la respuesta en la vida. Lo que oyes lo olvidas, lo que ves lo recuerdas, lo que haces lo aprendes. El único y verdadero espíritu de tolerancia consiste en tolerar conscientemente la mutua intolerancia. Llamamos *mérito* al conjunto de un buen talento y un buen corazón, pues la obra de la educación es una superación ética de los instintos. Sea como fuere lo que pienses, creo que es mejor decirlo con buenas palabras.

Mediante el estudio nos hacemos contemporáneos de todos los hombres y ciudadanos de todos los países. El mejor momento para influir en el carácter de un niño es unos cien años antes de que haya nacido, darle a conocer como mínimo un siglo de lo que había en el universo antes de que él viniera a él, y eso para que esos hijos nuestros puedan ser padres del porvenir de sus propios hijos. Dicen que la historia se repite, pero más cierto sería decir que sus lecciones no se aprovechan. La distancia más larga entre las generaciones y las personas es un malentendido, cuyo precio se paga toda la vida, para toda la historia. Educad a los niños y no será necesario castigar a los hombres, aseguraba Pitágoras: bien sabía él que es más fácil criar niños fuertes que reparar hombres rotos. Si esto es así, entonces la *historia de la filosofía* es la historia de la vida. En la historia de la filosofía el maestro procura también hacer conocer las tonterías cometidas por los hombres, con el ánimo de contribuir a superarlas. El maestro de filosofía no envidia a los que vuelan más alto, pero le duelen los que vuelan más bajo que él.

El precio de la educación sólo se paga una vez. Los maestros de filosofía especialmente somos como los cirujanos: nuestros errores pueden ser mortales. Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca ha sido discípulo, pobre discípulo el que no deja atrás a su maestro. Si el alumno no supera al maestro, ni es bueno el alumno ni es bueno el maestro. Intentarlo está al alcance de cualquiera, lograrlo sólo de los elegidos.